VIDA MONTEVIDEANA

REVISTA SOCIAL ILUSTRADA

DE

LITERATURA Y BELLAS ARTES

APARECE LOS DOMINGOS

Año II | Montevideo, Febrero 6 de 1898 | Núm. 32

Director y Redactor:

RAFAEL J. FOSALBA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Capital un mes . . . . . . $ 0.50
Campaña y Exterior un mes . . » 0.60
Número corriente . . . . . » 0.20

Dirección y Administración: Convención 82

Administrador:

Máximo Seré

Secretario de Redacción:

Fermin Héctor Casas

GALERÍA DE BELLEZAS MONTEVIDEANAS

Josefina Cibils Larravide

Fotografía de Fitz Patrick

SUMARIO

TEXTO: EL VIENTO DESDE MI VENTANA, por *José Iruretagoyena* — MIS HIJOS, poesía por *Nicolás N. Piaggio* — CUESTIÓN SOCIAL: LOS CONGRESOS FEMENILES CONTRA EL SOLTERISMO, por *Constante G. Fontán Illas* — LA MEJOR RESPUESTA, poesía por *Ascencio* — LAS TARDES DE «LAS DELICIAS», por *Francisco C. Aratta* — ¡ALAS CAÍDAS!, soneto por *C. R. M.* — UN DRAMA EN EL CAMPO, por *Tacula* — ESTIVAL, poesía americana, por *Werther* — EL POBRE MIRANDA, por *Luís Maeso* — LA AMENAZA, por *Jacinto O. Picón* (Conclusión) — EL TAMBOR VICTOR, por *Leoncio Rodríguez Señoret* — LA TRANSTEVERINA, por *Alfonso Daudet* (Conclusión).

GRABADOS: GALERÍA DE BELLEZAS MONTEVIDEANAS: señorita *Josefina Cibils Larravide* — BELLEZAS SALTEÑAS: señorita *Elvira Duarte* — Modas.

El viento desde mi ventana

Son las cinco de la tarde de un dia frio y sereno del mes de Junio. El *chingolo* glotón de indefinido plumaje, ha dejado oir por dos veces su pio agudo, intenso, prolongado, oculto entre las ramas de una copuda acacia, que proyecta su sómbra eternamente sobre los polvorientos cristales de mi rústica ventana. El viento va á empezar su carrera vertiginosa y uniforme á través de las cuchillas, de los montes y los llanos.

El canto del *chingolo* me lo ha anunciado. Muchas tardes, á esa hora en que el sol desciende lentamente las últimas lomas tiñendo de púrpura las silenciosas aguas de la cañada lejana; en ese nostálgico momento que empieza con la vaga aparición de las primeras sombras y concluye con el lento caer de las postreras; en ese indefinible instante en que los espiritus misteriosos de Balzac salen á poblar la tierra, poblando de dudas el cerebro inquieto de los hombres,—el mágico *chingolo*, desde lo alto de una flexible rama, me anuncia que el viento va á quebrantar el reposo de la naturaleza toda, recogiendo sus comprimidas quejas, para darles expresión en un acorde grave, solemne, cadencioso. ¿Cómo lo sabe? ¿Se lo dice, tal vez, la serena claridad de los espacios, ó el mudo quietismo de la flora, ó el color rosáceo de las nubes que se visten así, para despedir pomposamente al rey de los astros? Lo ignoro. Más el *chingolo*, zahorí que descubre á través de la callada calma la ruidosa borrasca y que viene á cantar á mi ventana, nunca me engaña.

Ya empieza la acacia á estremecerse...

Primero son sus hojas en forma de cinta las que balancean suavemente los elásticos peciolos con movimiento rítmico y gracioso; las ramas despues se entrecruzan, se rozan, se castigan con accesos de rábia unas veces, con dulzura y pereza otras; el tronco por fin, que al doblarse, gimiendo, para darle paso al viento, lo arroja contra la ventana, que contesta á su fúria con golpecitos secos que hacen vibrar nerviosamente los cristales. Los cardos reciamente sacudidos, sueltan nubes de blancas alcachofas, cuando no se quiebran, produciendo un chasquido semejante al de un beso voluptuoso. Las alcachofas ruedan entónces un momento con vertiginosa rapidez sobre sus niveos foliculos á flor de tierra; pero bien pronto, en el seno de una aerea ola, suben con desigual aceleración hasta perderse en el espacio; luego aparecen de nuevo, descienden, se vuelven á elevar, se mueven lateral y oblicuamente, hasta que, envueltas en loco torbellino, van á parar á un abrigado rincón, donde se apilan, semejando esas barbas canas algo teñidas por la nicotina del tabaco negro y la creosota de las humientas cocinas; venerablemente suspendidas de la faz de algún paisano octogenario de bota de potro y espuela de fierro. Las hojas, que á récias sacudidas desprenden el espinoso *tala*, la acacia de copa redonda y el sauce negro imitan los movimientos de la ligera alcachofa, describiendo en el aire curvas caprichosas. Una nube negra de polvo corre allá por el camino, ocultando sucesivamente en la linea de su dirección árboles, alambrados y animales hasta que fatigada cae en forma de brumá; un soplo vigoroso la condensa otra vez, y entónces continúa su interminable ruta seguida á distancia por otras muchas que como ella caminan y descansan por periodos alternativos.

Entre nube y nube se perciben espacios claros donde la calma reina. La paloma torcáz, de rápido vuelo, busca los sauces centrales del monte, huyendo de los cardales agitados por el huracán, mientras el tordo gimnasta y la calandria canora, con flexibles saltos y graciosos aleteos, van recorriendo una por una las ramas del viejo coronilla. La andariega perdiz, con la cabecita levantada, alerta siempre y el cuerpo terminado en un cono regular, busca en el pasto la diminuta semilla, tan pronto oculta por el *caragüatá* espinoso como por la mata verde de paja mansa. Allá, más lejos repechando la cuchilla, van las ovejas, tronchando margaritas, y despuntando cintas de gramilla con paso corto pero lijero. Llevan la dirección del viento y forman una masa plana y compacta de lana en la que la distancia impide separar las partes del todo. Los vacunos desaparecen de las lomas y buscan los bajos donde serpentea la cañada; allí el toro, de respingadas narices y arrugado ceño, deja por momentos de comer, junta al par que tuerce la cabeza sobre el pecho, y al compás de un mujido intenso y grave, va arrancando con golpes de pezuña montones de tierra negra que arroja á distancia en el espacio. La tierra cae en forma de lluvia y el toro continúa mugiendo y escarbando hasta que se forma un pozo, que sirve, cuando no se llena de agua, de abrigo á los corderos en los dias fries de invierno. La flechilla, zarandeada sin descanso por el pampero caprichoso, se quiebra y suelta recorriendo distancias infinitas en el espacio libre,—pero cuando encuentra alambrados en su camino, queda como montón de dorados estigmas de maiz pendiente de los hilos inferiores.

El alambrado vibra con fuerza, y al vibrar emite sonidos metálicos y apagados, que hacen girar la cabeza del caminante sorprendido de la dulzura de aquellas notas, que parecen se produjeran en el aire por el choque de los átomos invisibles. Al trote de su caballo tostado va el puestero Marcelino, alejándose de *las casas*. Flamea el poncho, como bandera de baratillo, y las crines del flete danzan en alborotadas guedejas, mientras él canta con voz atiplada un estilo melódico y dormilón... Esta es la dinámica del viento, la poesia de la agitación,—pero no es todo,—pues también tiene su música el Eolo que adoró el grandioso griego y que deificaron con distintos nombres el bravo azteca y el indio soñador del Himalaya.

JOSE IRURETAGOYENA.

(Concluirá)

Montevideo, Febrero 5 de 1898.

MIS HIJOS

Fuente perenne de concordia y dicha,
Lazo de unión entre el Creador y el hombre,
Semilla que engarzais con el futuro
De la pasada vida nuestro nombre:
Con vosotros se avivan los recuerdos
De aquella confidencia
Que arrulló cariñosa nuestra cuna
En la bendita edad de la inocencia.
Todo en vosotros vive, amor, fortuna,
Placeres y promesas y esperanzas,
Y hasta los sueños de color de Luna.
Ah! dejadme que cante y á porfia
Repita vuestros nombres adorables;
Los digo tantas veces en el dia
Lleno de amor y de emoción y encanto,
Que no extrañeis que á la memoria mia
Refluyan cuando lloro y cuando gozo,
Cuando lucho en la vida y cuando canto.

Oh! si la voz de vuestros lábios siento,
Me ela divina de pureza y risas,
Es tan hondo, tan tierno el sentimiento
Que en mi cabeza y corazón palpita,
Que si el alma ante el mundo desfallece,
Por vosotros de nuevo se estremece
Y hasta mis canas su emoción agita......
Ya sabeis, hijos mios, como cruzan
Las horas de mi vida;
Las departimos juntos sin recelos
Mi suerte con la vuestra confundida,
Juntando en el crisol de la inocencia
Mis afanes, mis glorias y mi ciencia.
Así al vaivén de la fortuna vária
Navego entre borrascas y entre brisas,
Sin escuchar de amor otra plegaria
Tan intima tan tierna y candorosa
Como aquella que imprimen vuestros labios
En el puro dosel de los sonrisas.
Venturosa oración que me embriaga
Que inquieta mi cerebro y me ennoblece,
Que mi cansado corazón halaga
En las horas más negras del destino
Cuando braman las olas vencedoras
Sacudiendo la nave que gobiernan
La esperanza y la fé del peregrino.
Yo sueño, hijos del alma, con auroras,
Con Lunas y con Soles que abrillante,
Y encuentro, desgraciado, en mi camino
Solo desiertos de espinoso acanto.
Yo vi la realidad de la desgracia,
Sobre las ondas de la suerte impia
Crecer, llegar y lastimar mi frente;
Y ante el Nemea que mi pecho hería
Con el ¡ay! de un suspiro, de un lamento,
Mi espíritu crujió bajo las alas,

Bajo las negras alas del tormento.
Más en la lucha que sostuvo el alma,
Buscando entre las breñas su alimento,
Me encontré con vosotros tremolando
De mis ensueños y ambición la palma,
No es Edipo el que gime y vá buscando
La paz, la salvación de su conciencia;
En los lindes talvez de mi existencia
Yo anhelo las caricias de mis hijos,
Porque batallo y sufro,
Palpando de la Duda la inclemencia
Al quebrar el vigor de mis penates
Con los fueros augustos de la ciencia
En acerbos y en hórridos combates,
Ah! en esa lucha digladiante y fiera,
Que mi altivez sostuvo,
Yo ví la ingratitud en el camino
Levantar sus columnas altanera,
Ví el vício en las alturas, y en el llano
La honradez, como burla del destino,
Queriendo derribar una barrera
Con el aliento de su esfuerzo vano;
Ví primar las miserias de la vida
En las justas más nobles de la idea;
La amistad mancillando sus laureles
Con el brillo fugáz de una presea....
Es por ello que busco entre vosotros,
Seguro de encontrarlos,
Los placeres del fin de mi carrera:
Vosotros sois mi Dios, sois mi esperanza,
Y entre el rumor de una amistad sincera,
Luciente pedestal de mi confianza...
Ah! cuando acudan á plegar mis ojos
Las horrorosas leyes del Arcano,
Borrando para siempre mis arrojos,
Mis Lunas, mis auroras y mis Soles
Que hoy brillan en los fondos de mi cielo
Con esmaltes de estrellas y arreboles;
Y perciba ya el fondo de la huesa,
Fatidica mansión de tanto anhelo,
Con vuestro propio porvenir sembrado
De luto, de mentiras y de duelo;
Y ya mis secos lábios no pronuncien
Los nombres de mi culto, el más sagrado:
Ay! en presencia de un amor que espira
Salpicando de lágrimas mi frente
Con los ojos caldeados por el llanto
Y un lapso de placer siempre presente;
En medio al estertor de esa agonia,
Ultimo aliento del que os quiso tanto,
Deplorareis la falta del cariño,
De ese inmenso cariño, hijos del alma,
Que vibra apenas en mi humilde canto.

NICOLÁS N. PIAGGIO.

Montevideo, Febrero 5 de 1898.

CUESTION SOCIAL

LOS CONGRESOS FEMENILES CONTRA

EL SOLTERISMO

En el número 30 de la Revista VIDA MONTEVIDEANA (Enero 23 de 1898), bajo el rúbro *Quiero Casarme*, publicamos el proyecto de ley aprobado por el Congreso de Señoras Norte-Americanas celebrado recientemente en Chicago para combatir y mejorar el estado civil de las personas de ambos sexos que viven solteras, consideradas un peligro social que urge evitar su aumento y disminuir sus efectos naturales del celibato.

Como su titulo le dice, el tema es interesantisimo, y de evidente oportunidad para el fomento de la nacionalidad Uruguaya, aparte de su importancia, puesto que encarna una cuestión social, quizas la de mayor magnitud entre todas las que éstan á la órden del dia en las sesiones de los infatigables Padres de la Pátria Uruguaya, circunstancia por la cual nos prometemos sea tomada en consideración para proveer de modo conveniente á salvar los intereses nacionales

Antes de ahora, respecto á tan vital asunto, tenemos demostrado la gravedad del estado social de la República del Uruguay y basta abrir nuestro libro intitulado VIA-CRÚCIS ADMINISTRATIVO, publicado en principios del año 1894, para encontrar desde la página 235 hasta la página 263, un detenido estudio estadistico sobre la población nacional y extranjera existente en el pais, según la base del Censo Oficial del departamento de Montevideo, levantado en Septiembre de 1889; dividiendo sus totales por nacionalidad, sexo, edad y estado civil, y agregado algunas consideraciones que vienen de molde en la oportunidad presente, por ser pertinentes al fondo de la cuestión debatida, objeto del proyecto-ley sancionado en el Congreso feminil á que nos referimos.

Por satisfacer la curiosidad de alguno que no haya leido nuestro citado libro, presentaremos aqui el resúmen de las mujeres solteras y viudas de 15 á 40 años que ya existian en la República al levantar el Censo Oficial en Septiembre de 1889.

MUJERES DE 15 Á 40 AÑOS

	Solteras	*Viudas*	*Total*
Uruguayas..	51.261	3.155	54.416
Extranjeras..	24.420	3.556	27 976
TOTAL..	75.681	6.711	82.392

El total de las mujeres uruguayas, es natural elevarlo á mayor número, puesto que de aquel Censo á la fecha han corrido ocho años y meses, y por eso es consiguiente se incorporaron á la edad de 15 á 40 años todas las que existian de 7 á 15, por más que haya para deducir las que en el mismo tiempo de ocho años y meses hayan pasado á ser mayores de 40 años en estado de solteras ó viudas.

Basta el dato precedente para conocer la importancia del tema que nos ocupa, y que, sin duda, será motivo para que las damas uruguayas constituyan sus Congresos departamentales, y, como las norteamericanas, pidan á los Legisladores una ley, guerra á muerte contra el solterismo, estableciendo premios y penas para el que llene ó no sus obligaciones sociales.

Para el efecto, entre las medidas á dictarse, podria incluirse la siguiente:

Articulo.. *Todo empleado público, á sueldo de la Nación, que al cumplir veinticinco años no constituya su hogar matrimonial, será privado de su empleo y entrará á prestar servicio en los cuerpos de línea hasta que cumpla cuarenta y cinco años de edad, ó hasta que contraiga matrimonio.*

Se continuará.

CONSTANTE G FONTAN ILLAS

Montevideo, Febrero 5 de 1898.

LA MEJOR RESPUESTA

Para Cayetano R. Mendoza

¿Por qué vá garreando mi vida entre penas
Cual nave azotada por fuerte huracán?
¿Por qué son mis horas tan largas, y llenas
De amargas tristezas que nunca se van?

¿Por qué cuando intento sacar de mi mente
Las tristes ideas que engendra el pesar,
Por qué soy vencido tan súbitamente,
Por qué no consigo con ellas luchar?

¿Por qué solo abrojos sembró en mi camino
La bárbara mano de mi hado fatal?
¿Por qué esa injusticia que llaman Destino
Me arranca y destruye mi vida moral?

¿Por qué me acobardo, por qué tengo miedo
Si pienso en los años que aún han de venir?
¿Por qué á la esperanza que ayer fué mi credo
La veo hoy, marchita, esfumarse y morir?

¡Oh, vanas preguntas! Del ignoto arcano
Nadie los dominios logró conquistar;
En vano es querer imposibles, y en vano
Es buscar respuestas que no se han de hallar.

¡Misterio profundo rodea mi suerte!
Y para que cese mi cruel ansiedad,
Espero, tranquilo, que venga la muerte,
Que ella ha de traerme la felicidad!

ASCENCIO

Montevideo, Febrero 5 de 1898.

Las tardes de «Las Delicias»

DESEOS tenia de haber escrito antes algunas impresiones de las muchas dulcísimas que sentimos acá los que hemos huido del *mundanal ruido* y de los redobles del tambor marcando el paso en la Guardia Nacional; pero me lo impedia la dulce placidéz de los amenos dias que estoy pasando! No hablar de candidatos presidenciales, no sentir el ácre deséo de politiquear en la vuelta de cada esquina, no leer ni escribir diarios; levantarse á las cinco, tomar un vaso de leche espumosa recién ordeñada, oliendo á trébol, salir á recorrer estos paisajes deliciosos, estas colinas que parecen recortadas por mano divina como festones de piedra que la aurora pinta de fulgores extraños; montar á caballo, lanzarlo al galope por los campos extensos; y recordar, en la soledad de la siesta, cuando el sol diluye un baño de oro por colinas y laderas verdes, los rostros de los seres queridos, de los amigos predilectos... en estas cosas, en estas dulces ocupaciones, justamente con otras más deliciosas, como el tratarse por el suave y fortificante sistema hidropático, es que se pasa aqui la vida, la vida que se desliza, brevemente, como el arroyo Santa Lucia, que baña las *escarpas resecas* de estos pagos y en que corre murmurando no sé qué canción idilica, por entre juncales, bajo doseles de talas y de saúcos de plata, de cabelleras desceñidas como de virjenes legendarias de bosques americanos.

Pero, las tardes luminosas, cuando el sol vá cayendo entre las gargantas de piedra de los montes, desvaneciéndose en un mar de oro, donde el velámen de fantásticas barcas

son formados por caprichosas nubes; las tardes, en que nos sentamos bajo las frondas de los paraisos, á escuchar los cantos melancólicos del paisano que bordonea en la guitarra las sentidas décimas; pero, las tardes en que en amistosa rueda, las señoritas recuerdan sus amigas de esa, los recreos ciudadanos, las playas rumorosas de olas, de fulares sedosos; los teatros vibrantes de colores, de luz, de elegancia, de perfumes; los casamientos felices, el enlace de Carlitos Blixen, con esa perla de hijas cariñosas Elina, tan querida de Segundo Flores, su amoroso padre; ah! sobre todo, las tardes de *Las Delicias*, cuando las blancas manos de alguna de las lindas hadas que veranean en este Establecimiento Hidropático, se deslizan sobre el teclado harmónico del piano, y dejando para las veladas de invierno el sentimental Beethoven, nos deleitan con acariciadoras *vidalitas*, cantadas á esa media voz que tantas ternuras vibra; voces aterciopeladas que llegan á halagar el oido y serenan el corazón y son para el cerebro fatigado de la vida ciudadana como un descanso espiritual, como si el alma nadara en pleno espacio, tendiendo las alas en las divinas regiones del Ensueño...

Para que no falte amenidad más alta, más intelectual, hasta llegamos á improvisar veladas literarias al aire libre, donde Aurora Curbelo, una de las futuras doctoras en medicina, nos encanta con trozos de escojida literatura, y Clotilde Oestte Aguayo, con toda la sal andaluza que Dios le puso en el alma, desborda conversación chispeante, y alguno de nosotros recita los últimos versos compuestos, tirado sobre el trébol, los ojos en alto, embriagados de azul, escuchando el vibrar de los sonantes élitros del grillo... Es entónces que las primeras estrellas aparecen como relucientes monedas desbordadas de la bolsa repleta de algún millonario del cielo; allá, sobre una colina, brilla la rojiza luz que ilumina la ventana del ranchito lejano, desde donde parten sones gemebundos del *cielito* melódico, acompañados por el guitarreo sonoro, pulsado por sonrosados dedos femeninos.

Los enfermos, en este Establecimiento, desde que llegan,--es tal el poderoso influjo saludable del agua magnetizada--que, ya no piensan más que en el muelle descanso que les proporciona esta vida regalada, léjos del batallar de todas las pasiones, y próximos á los grandes panoramas de la Naturaleza que nos acercan al cielo, y nos purifican el alma de todo malo sentimiento.

Y es, en efecto, curioso, cuando la tarde ha bajado con paso cauteloso por las cuestas abajo de los montes, llevando en las espaldas la grave carga de las sombras vespertinas; es curioso y agradable ver como los ojos se dirijen á la página abierta del infinito, donde irradian los millones de soles que *voltean* en los espacios siderales. Todos somos astrónomos pichones con los *telescópios* de los ojos.

—Allá está la Cruz del Sur! Dice un poeta que busca sus consonantes, colgando los trapecios de la rima en los astros encendidos y balanceándose á esa inmensa altura, tan léjos de la Tierra!

—Y ¿las *tres Marías?* Dice una interesante minuana que no conoce más astronomia que la popular.

—Usted es una de ellas, contestó galantemente.

—Pero, no soy astro.

—Y de primera magnitud...

—Los montevideanos son todos zalameros.

Y continúan los diálogos amenos y se forman grupos de señoritas y caballeros, mientras las luciérnagas, como puntitos eléctricos, invaden la región de las sombras, y suena, siempre á lo léjos, como los écos prolongados de una balada eslava, los cantares del pobre paisano, abandonado en la inmensa soledad del mundo y la Naturaleza.

Y como lámpara eléctrica, encendida de pronto, aparece grande, redonda, luminosa, la blanca luna y suelta sobre los campos la lluvia de plata de sus rayos blancamente deliciosos...

FRANCISCO C. ARATTA.

Minas, «Las Delicias» Febrero 3 de 1893.

¡ALAS CAIDAS!

En el album de Matilde Bruzzone

Solo un manojo de agostadas flores
Yo te puedo ofrecer, niña querida,
De flores que recuerdan de mi vida
Una etapa de amargos sinsabores.

Yo dí de mi existencia en los albores
Mi alma á una mujer y ¡fementida!
Juróme una pasión jamás sentida
Para burlarse ¡infiel! de mis amores.

Errante, solitario peregrino
Desde entónces yo vago por el mundo,
Buscando, sin cesar, en mi camino

Un pecho cariñoso, un pecho hermano
Que entienda mi dolor grande y profundo
Y de mis penas el horrible arcano!

C. R. M.

Mercedes Orientales, Febrero 3 de 1893.

UN DRAMA EN EL CAMPO

Para Rafael J. Fosalba

SERIAN próximamente las cinco de la tarde, de un caluroso dia primaveral, cuando en la Gefatura Politica se tuvo conocimiento de que el célebre matrero conocido por *Pancho «El Bagual»* andaba merodeando cerca de la barra de la Fagina en el rio San José, cuyo paraje dista cinco ó seis leguas de la ciudad histórica del mismo nombre. *Pancho El Bagual*, de quien se contaban historias á millares, á cual más espeluznantes, era considerado por los paisanos, como uno de esos séres sobrenaturales, cuyo pecho invulnerable á toda clase de armas, podia resistir el empuje de un toro, y era capaz de luchar á brazo partido con el mismo diablo.

Una vieja del lugar, contaba: que haría como una semana aproximadamente, yendo al rio como de costumbre á lavar la ropa, vió colgado de un coronilla, con los pies hácia arriba, y degollado de oreja á oreja, un muchacho como de diez y seis años, vestido con un traje de cotin azul, como usan *los de la trillaora*, y que del susto recibido estuvo tres dias enferma y con *hipo*, como si le hubieran hecho algun maleficio; y habiendo dado parte de lo ocurrido á su hijo Amancio fué éste á ver si era cierto, por sus *mesmos* ojos, y encontrándose con *Pancho el Bagual* --cuya barba crecida le llegaba al pecho, y que con ojos aviesos le miró--preguntóle que iba á hacer á la *isla* (1) que se detuviese, pues deseaba hablar con él; á lo que le contestó el mozo, temblando, explicándole la causa de su visita al monte; y que el otro, sin más palabras, lo atropelló facón en mano haciéndole poner, rápidamente, fuera de su alcance.

Se narraban *sucedidos* y atrocidades más horripilantes aún, efectuadas por el cuatrero --que oidas harian poner los pelos de punta al más arrojado,--y que entre aquellas pobres gentes, eran aceptadas como verídicas; siendo en resumidas cuentas el tal personaje, uno de esos pobres diablos, que, obligados á prestar servicios en los cuarteles, encontrando ocasión propicia se habia desertado, escondiéndose en los montes, robando animales para sustentarse en la diaria lucha por la existencia, y que de vez en cuando desenvainaba el facón para oponerlo á la punta del sable de algún policiano.

Las autoridades buscábanle por los motivos expresados, pero él habia sabido sustraerse á su persecución, ya escondiéndose en los espesos montes del Santa Lucia y del San José, ó yá amparándose en casa de algún campesino hospitalario.

El dia que se supo con certeza el sitio en que se encontraba, reunió el jefe de Policia á sus subordinados, á los que les preguntó cual de ellos se prestaba á aprehenderlo; todos callaron pintándoseles el terror en sus semblantes; se adelantó un indiecito de veinte y dos años, bajo, de complexión robusta, sin pelo de barba y de mirada penetrante, llamado Sinforiano,

--Yo voy--dijo.

--¿Tú?--le pregunto el jefe,--tú?.... ¿y te atreves á traerlo, vivo ó muerto?

--Si señor, *deme uste* su *flete* el *naranjero* de *ño Ugenio*, con *guënos recortaos*, y aquel *plateao* (2) de usia.

--Pero...., te comprometes....?

--Como me *yamo* Sinforiano.

--Bien te proveeré de lo que necesites.

Y aquella misma tarde, cuando el sol lánguidamente declinaba, allá léjos en él ocaso como una gran hornalla encendida, que ponia en los ojos de quien le miraba fijamente puntos luminosos, que como fuegos fátuos, aparecian y se ocultaban á intervalos, á aquella hora en que la campana de la iglesia del pueblo tocaba á oración, Sinforiano, jinete en un hermoso zaino tapado, con cambiantes dorados en su bri-

(1) Grupo compacto de árboles en el centro de los bosques

(2) puñal con puño de plata.

lloso pelo, galopaba en dirección al arroyo de la Pachina, haciendo resonar en el duro macadám de las últimos calles de la villa, los herrados cascos de su caballo.

Llevaba al cinto, el trabuco naranjero pedido para llevar á buen tèrmino su arriesgada empresa,--al que acariciaba á cada instante dándole cariñosos nombres, llamándole con los epitetos más dulces de su vocabulario pintoresco; y en la cintura, colocado por detrás, á usanza gauchesca, el famoso *plateao*, con el que pensaba dar *que hacer*, según él decia, al roñoso Pancho.

Cantaban los gallos, en algún rancho lejano, cuando nuestro hombre desencillaba en la costa del monte, y trababa al zaino con el *maneador*, para que pastase sin temor de que se fuera léjos, y tendiéndose en la fresca hierba, hizo cama del *recado*, y determinó dormir con un *ojo abierto*. Asomaba el alba su faz riente, como burlándose de las últimas sombras que huian á su llegada y ya Sinforiano, *horquetado* en el apero de su caballo, se lanzaba á gran galope hácia la Fagina en busca del malhechor.

Entró resueltamente en el paraje que le habian indicado, y no habia andado doscientos pasos, cuando en un claro del bosque se encontró de manos á boca, con el feróz matrero, que en nada se diferenciaba de la mal trazada descripción hecha por el miedoso Amancio, el cual se hallaba sentado en una cabeza de vaca, tomando *un verde* tranquilamente.

A la vista de un desconocido, que llevaba blusa militar, comprendió el inminente peligro que de ser aprehendido se hallaba, y sin detenerse á recojer los utensilios con que efectuaba su pobre desayuno, trato de ocultarse en la espesura.

--Ah! -- *mulita*, le gritó Sinforiano,--pues no me habian dicho *quera* un tigre? *Paráte maula*, que sinó te *priendo* de atrás;--y apuntaba al propio tiempo que tal decia, con el enorme trabuco que llevaba, y que enseguida de entrar al monte desenganchó del cinto, pasándolo á la diestra mano, mientras que con la izquierda empuñaba las riendas y el filoso puñal de mango de plata.

Pancho El bagual, que se escurria entre los árboles, en la creencia de que sus perseguidores eran muchos, no bien hubo visto que sólo un adversario tenia al frente, echó mano al facón, cuya ancha y brillante hoja brilló á los primeros rayos del sol naciente, y fuese sobre el indiecito que echó pié á tierra, al ver la ofensiva actitud del cuatrero, y le esperó con la firme intención de *volcarlo*, como *in petto* se decia.

--Y vos, *mándria*, vos sólo te *creibas* que eras hombre para correrme? Ande dejaste la pandilla? decí, áura verás quien es Pancho El bagual, sotreta.

--Oigalé! áura retruca; acercate maula, que te voy á sacar las hechuras.

E invitándolo con un ademán, á pelear en la emplanada donde tomaba mate. El bagual, guardó el trabuco en el cinto, y se puso en guardia esperando la acción del contrario.

Pancho El bagual, tenia gran habilidad, para *barajear*, siendo ademas muy ágil, por la cual era un adversario terrible.

La lucha fué encarnizada, ámbos se atacaban con furor, el uno por defender su palabra empeñada, el otro por castigar una osadia inaudita, y ambos por conservar su existencia.

Sinforiano sentiase desfallecer por efectos del cansancio; una languidez infinita se apoderaba de él, su brazo herido aunque lijeramente en el hombro y en la muñeca, resistiase á seguir defendiendo á aquel cuerpo que se rendia; en cambio su contrario continuaba tranquilo en la apariencia, bañado el rostro de sangre por un chirlo que la punta del puñal de Sinforiano habia hecho en una mejilla, cuyas heridas habian servido para hacer más encarnizado el combate.

Viendo éste la ventaja inmensa de su adversario, preparóse para esquivar todos sus golpes, acechando cautamente, un golpe en vago, que le dejase en descubierto, con lo que el otro, creyendo que Sinforiano le temia, redobló su afán hasta el punto de irse sobre él para tomarle el arma. Sinforiano no previendo este inesperado ataque, cede á la violencia del golpe, y dobla ambas rodillas, viniendo á tierra; y aprovechando el otro aquella preciosa circunstancia y pensando sacar el mayor provecho posible de ella, tomó de los cabellos á su antagonista con intención de degollarlo y al volcar hácia atras la cabeza, vió das ojos que le miraban, puestos en blanco, con toda la desesperación capaz que puede sentir un humano en tales momentos. Rápido como el pensamiento, y por efectos de la misma angustia ocasionada por el peligro, tiró Sinforiano del *naranjero*, y abocándolo al pecho de Pancho, que el infeliz no tuvo tiempo ni posición para desviar su mortifero caño, soltó el gatillo al propio tiempo que el bandido lanzaba un ¡ay! destiempo que el bandido lanzaba un ¡ay! destiempo

Y en tanto, allá á lo lejos, sentiase el valido de una oveja que perdida, acaso, vagaba por los campos, á espera de su majada que no debia de hallarse lejos, cuyo balido triste, como estertor de un agonizante, fué la única oración fúnebre que se oyó en torno de aquel sitio, en que la providencia, por medio de la mano de un hombre, habia librado al mundo de uno de esos seres desgraciados que no han cometido más crimen que ser execrados por nuestra injusta sociedad.

TWALA.

Montevideo, Febrero 1,o de 1898.

EL POBRE MIRANDA

Para su hermano Francisco Costa.

CON la máquina mala, desgastada la correa, casi apagado el motor, todavía el pobre Miranda, andando como un muerto ambulante, movido por un resorte oculto, escribia y pensaba. Tuvo luz arriba, la materia corrompida no apagó la lámpara generosa, sino cuando el organismo entero se contagió fatalmente. Yo le tenia estrema simpatia á este estraño amigo, cuya muerte debe llenar aun de luto el corazón de Francisco Costa. Los dos se querian mucho y creo que á los dos les entró al mismo tiempo la gana de escribir para el público, ese monstruo caprichoso.

Miranda fué alegre. En los últimos tiempos demacrado, pálido, con las manos frias, que daba horror tocàrselas, tenia siempre caliente el corazón y al hallar á alguno le salia de adentro aquella sonrisa suya que era como una caracteristica de su estado. Miranda se engañaba á si mismo, sonriéndose. Costa ha debido querer mucho á este estraño amigo, de exterioridad tan amarga y de fondo tan dulce, en cuya cara amarilla á fuerza de sufrir no se adivinaba el corazón, sino cuando los lábios principiaban á moverse y las facciones á animarse. Yo no podia verle por la calle, enjuto, seco, viejo á los veinte y cinco anos, desgonzado casi, tirante la faz, sumidos como en cavernas los ojitos brillantes, sin estenderle la mano al cruzar cerca, ó levantarla para pasarle mi saludo cariñoso al verlo venir por la acera vecina. No sé que fenómeno estraño me hacia entrar hasta mi, todo lo que debia padecer aquel muchacho que caminaba cerca de la tumba. Seria acaso esa impresión del dolor ajeno que no todos sienten, ese sentimiento de compasividad que es como un contagio del dolor de los otros. A mí me producian sufrimiento los dolores del pobre Miranda y al verle arrastrando su cadena de martirio, como náufrago convencido del final, se imaginaba uno que aquel mártir que escribia, debia cuando se hallaba solo, llorar lágrimas de pena para hacer reir de alegria á los demás que le leyeran en la VIDA MONTEVIDEANA su revista predilecta. Miranda no se ha muerto. Miranda se ha concluido como un cirio de cera, porque dé cera era su cuerpo. No lo he visto irse, no he estado á su lado cuando subia el alma, pero me imagino que la vida toda se le habrá refujiado entera en el fondo de los ojos, mirando con más brillo que nunca, en esa ánsia infinita de los moribundos que buscan sin encontrar. Pero si ha tenido luz su espiritu hasta el momento en que principiaba á consumirse, el buen Miranda habrá hallado á su lado, las caras de la amistad y entre ellas la de Francisco Costa, su amigo más amigo, y no léjos la de Guillermo Büsch, otro noble de cara que no dice o, pero bueno como el que se adelanta en este siniestro é inevitable viaje humano.

LUIS MAESO.

Montevideo, Febrero 5 de 1898.

LA TRANSTEVERINA

TRADUCIDO DEL FRANCÉS ESPECLALMENTE
PARA VIDA MONTEVIDEANA

(Conclusión)

¿Quién hubiera dicho que esta bella boca contraida por el silencio en la forma más pura de las caras antiguas, se abria de

repente para dejar pasar la injuria á torrentes, apresurados, tumultuosos?.. Sin respeto de sí misma ni de él, en alta voz, en la calle, en pleno teatro, le buscaba querella, le hacia escenas de celos terribles. Para completarla, ningun sentimiento de las cosas artísticas, una ignorancia completa del oficio de su marido, del idioma, de las costumbres, de todo. Lo poco de francés que le enseñaron no le sirvió más que para hacerle olvidar el italiano; llegó á componerse una especie de jerga mixta, que era de lo más cómico.

En fin, esta historia de amor, empezada como un poema de Lamartine, terminaba como una novela de Champfleury... Después de haber tratado mucho tiempo de civilizar su salvajismo, el poeta vió muy bien que debia renunciar á ello. Demasiado honrado para abandonarla, tal vez enamorado aún, tomó el partido de enclaustrarse, de no ver á nadie, de trabajar mucho. Los raros íntimos, que habia admitido en su interior, se apercibieron de que lo molestaban y no volvieron más. Es así, que desde hacía quince años, vivia encerrado en su hogar como en una casilla de leproso...

Mientras pensaba en esta miserable existencia, yo miraba caminar delante de mí la extraña pareja. El, débil, alto, un poco encorvado. Ella, cuadrada, gruesa, sacudiendo en sus hombros su mantón que la molestaba; independiente, en su modo de caminar, como un hombre.

Era bastante alegre, hablaba fuerte y de vez en cuando se daba vuelta para ver si seguíamos, llamando en alta voz á los que conocia entre nosotros, familiarmente por sus nombres, ayudándose con grandes gestos, como si hubiera llamado una barca de pescador en el Tiber. Cuando llegamos á su casa, el portero, furioso al ver entrar á una hora indebida toda una banda bulliciosa, no queria dejarnos subir.

Entre la italiana y él hubo una escena terrible en la escalera. Estábamos todos escalonados en las primeras gradas, alumbradas apenas por el gas que se moria, molestados, contrariados, no sabiendo si debíamos bajar.

«Vengan pronto, subamos», nos dijo el poeta en voz baja, y lo seguimos silenciosamente, mientras que apoyada en el pasamanos que temblaba á su peso y á su cólera, la italiana profería un rosario de injurias en que las inprecaciones romanas alternaban con el vocavulario de los bulevares exteriores.

Qué entrada para el poeta, que venia de ajitar todo el Paris artístico y guardaba aún en sus ojos calenturientos el deslumbramiento de su *première!* ¡Qué llamada humildemente á la vida!....

Fué únicamente cerca del fuego de su saloncito, que el frío glacial causado por esta estúpida aventura se disipó y pronto no hubiéramos pensado más en ella, sin la voz estrepitosa y las risas de la *signora* que se oian en la cocina contando á su sirvienta como habia tratado á esta especie de *chulato!*... La mesa estaba puesta, la cena preparada; ella vino á sentarse en medio de nosotros, sin chalón, sin sombrero ni velo, y pude mirarla á mi gusto. Ya no era bella. La cara cuadrada, la barba ancha, gruesa, el cabello grueso y gris, sobre todo la expresión vulgar de la boca, contrastaba singularmente con el eterno y banál ensueño de los ojos. Con los dos codos apoyados sobre la mesa, familiar y desaliñada, se mezclaba á la conversación sin perder de su vista un solo instante su plato. Encima de su cabeza, arrogante, entre las melancólicas vejeces de la salita, un gran retrato firmado con un nombre ilustre se destacaba en la sombra: era María Assunta cuando tenía veinte años. El traje de púrpura viva, el blanco lechoso de la camiseta plegada, el oro brillante de las alhajas abundantes y falsas, hacian resaltar magnificamente el brillo de un cútis de sol, la sombra aterciopelada de los cabellos espesos implantados bajos sobre la frente y que un vello casi imperceptible unía á la línea soberbia y derecha de las cejas. ¿Cómo esta exuberancia de belleza y de vida habia podido llegar á tanta vulgaridad?... Y con mucha curiosidad mientras que la transteverina hablaba, yo interrogaba á la tela su bella mirada profunda y dulce.

El calor de la mesa la había puesto de buen humor.

Para reanimar al poeta, á quien su fracaso mezclado de gloria oprimia doblemente el corazón, le daba grandes palmadas en las espaldas, reia con la boca llena, diciendo en su horrible jerga que no valia la pena, por tan poca cosa, echarse cabeza abajo del *campanile del duomo*.

«¿Es cierto *il calo*?» agregaba dándose vuelta hácia el viejo gato lleno de reumatismos que roncaba delante del fuego. Y de repente, en medio de una discusión interesante, gritaba á su marido con una voz estúpida y brutal como un tiro de escopeta.

«¡Hé! el artista... *la lampo qui filo!*»

El infeliz se interrumpia para arreglar la lámpara, humilde, sumiso, atento para evitar la escena que temia y que á pesar de todo no pudo evitar.

Cuando volvíamos del teatro, nos habíamos detenido en la *Maison d'or* para comprar una botella de vino fino con la que se debia regar el *estufato*. Todo el camino, María Assunta la había llevado religiosamente debajo de su mantón y puesto, á la llegada sobre la mesa donde la acariciaba con ojos tiernos, porque á las romanas les gusta el buen vino. Dos ó tres veces ya, desconfiando de las distracciones de su marido y de sus grandes brazos, le habia dicho:

«Ten cuidado con la *bottiglia*.... la vas á romper».

En fin, yendo ella misma á la cocina á sacar el famoso *estufaso*, le gritó todavia:

«Sobre todo no vayas á romper la *bottiglia!*»

Desgraciadamente, apenas su mujer ya no estuvo presente, el poeta aprovechó para hablar del arte, del teatro, del éxito, tan libremente, con tanta verba y entusiasmo que... pataplúm!... A un gesto más elocuente que los demas, he aqui la botella maravillosa en mil pedazos en medio de la sala.

Nunca he visto un susto semejante. Se detuvo en el instante, y se puso muy pálido... Al mismo tiempo, el contralto de Assunta resonó en la pieza vecina y la italiana apareció sobre la puerta, los ojos de fuego, el lábio hinchado de cólera, enrojecida con el calor del horno.

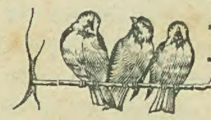
«La *bottiglia!*» gritó con una voz terrible.

Entónces, él se inclinó tímidamente á mi oido:

«Di que eres tú...»

Y el pobre diablo tenía tanto miedo, que sentí debajo de la mesa sus largas piernas que temblaban..

ALFONSO DAUDET.



ESTIVAL

Americana

Gerándulas bermejas
incendian la mañana,
y de ópalo y de grana,
de perlas y rubís
los tonos se entretejen
como ideal guirnalda,
en fondo de esmeralda,
de plata y de zafír.

Luce el claro diamante,
topacio y venturina;
se ve la aguamarina
espléndida brillar,
y muestran su grande a
de cielo en las arístas,
preciosas amatistas,
¡tesoros de Jehová!

Tapices infinitos
de espléndidos colores
de nacar, oro y flores,
que el alba al descubrir
muestra al absorto mundo
prendidos en los velos
que cuelgan de los cielos
las vírgenes huris.

Allí el raso y la gasa,
La seda y el brocado
realzan el bordado
del manto celestial;
del manto soberano
con que se viste, airoso,
en el Oriente hermoso
el Sol, que es su sultan.

Pintados pajarillos
de espléndido plumaje
las galas de su traje
despliegan al azar,
y en el espacio inmenso
elévanse, cantando,
grandezas publicando
de excelsa magestad.

El campo se reanima,
la vida se renueva,
prepárase la siega,
y al punto el labrador
se apresta alegremente
á la ruda faena,
cantando á su morena
de amores su canción.

WERTHER.

Montevideo, Febrero 5 de 1898.

LA AMENAZA

(Conclusión)

--¿Qué traes tú por aqui?--dijo uno de los escribientes al acercarse la mujer.

--¿Cómo ha quedado *Gasparón?* --preguntó el otro.

--Pues, ¡cómo ha de quedar! Manco.

--¿Y â qué vienes?

--A cobrar.

Uno de aquellos hombres tomó un cuaderno y comenzó á pasar hojas murmurando:

--Gaspar... Gaspar...

--Está por Santiagós. Nave de taladros, sección segunda--dijo la mujer.

--Es verdad: Gaspar Santiagós, aqui está.

--Ese es--añadió ella suspirando.

El escribiente se puso á hacer números en una cuartilla de papel y sin alzar la vista preguntó:

--¿Habia cobrado la semana anterior?

--Si, señor.

--Pues son... deben de ser...

Entónces el caballero de la camisa limpia soltó el periódico y sin mirar á la mujer preguntó:

--¿Qué dia fué eso?

--El 20 pasado: miércoles, á las dos--contestó ella tristemente.

--Pues poca duda cabe--repuso el caba-l'e o-- lúnes, uno; mártes, dos; miércoles... dos dias y medio, que á cuatro y media de jornal... son once pesetas con veinticinco céntimos.--Y se volvió de espaldas.

Sacó el dependiente una esportilla de la caja, contó el dinero, y sin más conversación hizo la entrega. Salió llorando la muchacha, y aun se oia el ruido de sus pasos, cuando el caballero de la camisa limpia dijo severamente:

--No se le olvide apuntar que *Gasparón es baja.*

Cuando los obreros supieron que á *Gasparón* se le habian pagado *dos dias y medio* corrió sobre sus tugurios y agitó sus cabezas viento de tempestad. La iniquidad llamó á la ira.

Reuniéronse los delegados de los grupos, hubo junta una noche en la trastaberna del *Francès*, y para completo conocimiento del caso, se citó tambien al pobre manco.

Gasparón contó su desgracia con la mayor naturalidad, mostró el muñón cicatrizado, lleno de costurones, y luego mientras duró la reunión, no cesó de molestar á los amigos pidiendo que le desliaran cigarrillos, porque aún no estaba acostumbrado á valerse de una sola mano.

Una lámpara súcia, que apenas daba luz, ardia inútilmente, sin alumbrar el cuarto. Casi no se veian cuerpos, ni figuras, ni rostros. Las voces parecian salir de entre sombras como protestas y amenazas anónimas.

--Llevo cincuenta y dos años de taller--dijo el que habló primero--y sé más que vosotros; porque he corrido muchas fábricas; entré á los doce... Siempre he dicho que lo mejor era *obligarles* á sostener á los que yá no pueden trabajar. Si no, ya lo veis; callos en las manos y la tripa vacia.

—Yo, con menos años—dijo otro—tengo más experiencia: ponernos de acuerdo, guardar secreto y estropearles todo el material, la mano de obra, la herramienta, todo lo que se pueda; perder tiempo, fundir mal, tejer peor. En un año no queda fábrica con crédito.

—Ni obrero con pan.

—¡Las ocho horas!—exclamaron varios al mismo tiempo.

—¡Buen consuelo! ser perros ocho horas en vez de nueve.

—Aumento de jornal.

—Y en seguida suben ellos la ropa, el pan, la casa... si pudieran... ¡hasta el aire tasaban!

Entónces se oyó una voz que no habia sonado aún: una voz que delataba un cuerpo chico y una voluntad mónstruo.

—Aqui no hemos venido á discutir, sino á vengarnos. ¿Teneis coraje? ¿Si, ó nó? Yo sé donde hay tres cartuchos de dinamita, de á dos kilos y medio; uno para el almacén de modelos, que es lo que vale más; otro para la casa del amo, por la parte de atras, donde tiene la familia... y el otro se guarda para cuando haga falta. Echamos suertes, y á quien le toque, aquel los pone.

Un silencio prolongado siguió á la horrible proposición. A uno les asustaba la idea del estrago; á otros el terror del castigo; con la voluntad casi todos fueron cómplices; ninguno dijo: «Yo me atrevo».

De aronto se levantó *Gasparon*, dió dos chupadas al pitillo, y colocándose bajo la débil claridad de la lámpara, para que le leyeran en el rostro lo inquebrantable de la resolución, habló de esta manera:

—Todo eso es inútil, ó es infame. ¿Montepio ni pensiones, con dinero de ellos? Estais soñando. ¿Huelga? ¿Para qué? ¿Para hocicar en cuanto falta el pan en casa, quedar empeñados y volver al trabajo? Lo de los cartuchos, es una salvajada de cobardes; por cuenta mia no se asesina á nadie! Dejad á mi cargo la venganza, que será buena y larga.

Unos refunfuñando, y otros de buen grado; por miedo los pusilánimes y los exaltados porque en los ojos de *Gasparon* adivinaron algo tremendo y misterioso, todos accedieron á su ruego; y la reunión se disolvió en seguida, semejante á una de esas tormentas que llevan en su seno el rayo y no lo lanzan á la tierra.

Al dia siguiente *Gasparon* se puso á pedir limosna al pié de la soberbia casa donde vivia el fabricante. Alli está siempre junto á la verja de remates dorados, cerca de una ventana tras cuyos cristales caen en ámplios pliegues los cortinajes de seda: alli se le vé de sol á sol, mostrando el muñon cicatrizado destacándose el busto haraposo de su cuerpo sobre la fachada de mármol, y llevando siempre colgado al cuello un cartelillo en que se leen estas palabras: INUTILIZADO EN LA FÁBRICA DE DON MARTIN PEÑALVA.

Súplicas, amenazas, ofertas para que se retire, cuanto se ha intentado ha sido en balde. Alli está cuando el rico, nuevo señor del feudalismo moderno, sale á sus placeres y á sus agios; cuando su esposa vuelve de rezar, y cuando sus hijas van á saraos envueltas en primorosas galas.

Aquel mendigo en la puerta de aquel palacio es una afrenta viva... Y es tambien una tremenda profecía.

La mano con que pide, parece que amenaza.

JACINTO O. PICON

Buenos Aires, Enero 29 de 1898.

BELLEZAS URUGUAYAS

SALTEÑA

Elvira Duarte

EL TAMBOR VICTOR

ERA el muchacho más bueno y alegre del Regimiento. Siempre risueño y vivo. Al amanecer despertaba á los demás con su ruidosa charla y el ra-ta-plán de su tambor. Los soldados le idolatraban, lo llamaban «el niño Victor.» Tenia diez y siete años y ya habia peleado en varios combates; ostentaba dos cicatrices y un elogio tartamudeado, que le tributara el grueso cabo Pigeon frente á la compañia. Daba gusto verlo tan animoso, tan resuelto, marchar al encuentro del enemigo, redoblando su gran tambor, cobijado bajo la espaciosa bandera del Regimiento, con su tricornio inclinado al ojo y chispeante la mirada. Y cuando se empeñaba la acción, cuando se hacia sentir aquella tempestad de voces, de exclamaciones, de ruidos diversos; cuando desfilaban amenazantes aquellas falanges de lucientes bayonetas, aquel imponente rodar de la terrible artilleria, aquellas masas de turbulentos ginetes que se precipitaban atrevidas á barrer con el enemigo, entónces el niño, sonriente, feliz, erguido el cuerpo como en una parada, redoblaba con más energia en la caja del gran tambor, y estos golpes sonoros y repetidos entusiasmaban y

hacian estremecer al Regimiento. Siempre á la cabeza de los soldados, siempre resignado, sufrido, el más ágil, el más servicial y tan jóven. Si, era el encanto del Regimiento.

Su gran amor era la vieja bandera: la contemplaba embelesado, se extasiaba en mirar las alas de oro de las grandes águilas tan primorosamente bordadas, en sacudir respetuosamente el polvo que las cubria, en admirar aquellos manchones azul oscuro que le habian dejado la pólvora y el humo de tantos combates. ¡Era su mejor amiga! En el combate se cobijaba bajo sus ámplios pliegues, y ella, èl y su coronel, eran los que marchaban al frente del Regimiento. A veces lo encontraban dormido, agobiado por la fatiga, con su cuerpecito envuelto en una raida manta, su rubia cabecita reclinada sobre su gran tambor y còn una de sus manos oprimiendo los pliegues de la vieja bandera. Era para él una madre.

La victoria habia sido decisiva. Los austriacos huian dispersos, completamente aniquilados y vencidos. Sin embargo, los ánimos estaban inquietos; una especie de muda angustia se retrataba en todas las fisonomias; algo asi como una gran desgracia pesaba sobre todo el ejército. Napoleón y los mariscales estaban de muy mal humor. ¿Qué habia sucedido?

Al pasar revista se notó con supremo dolor que el estandarte de la guardia imperial faltaba! Aquel estandarte tan régio, tan querido, el guia y orgullo del ejercito.... perdido, tal vez pisoteado. ¡Pícaros austriacos! Quizás lo escupirian, se pasarian sobre las altivas águilas y arrojarian puñados de cieno sobre sus reales coronas.

Es necesario rescatarlo, murmuró un veterano general, aunque cueste medio ejército. Sin duda, contestaron los demás jefes, sin eso estamos perdidos, deshonrados, y lo demás seria una vergüenza y una cobardia.

Las cornetas vibraron llamando á lista; un movimiento general se hizo sentir; los soldados corrian presurosos á sus puestos; poco á poco comenzaron á delinearse las filas, á apretarse los batallones, á formarse en cuadros. Se pasaba lista. Habia que contarse.

Un sargento muy irascible gritó: -- «Tambor Victor!»--Ausente, mi sargento, contestaron algunos soldados.--¡Cómo, ausente y en estas circunstancias!... ¡diablo de muchacho! En ese instante pasaba frente á la compañia el mariscal de servicio, rodeado de numeroso séquito.--¿Qué hay? preguntó.--Falta un soldado, excelencia, el tambor Victor; creo se ha desertado, respondió el sargento.--¡Desertado, desertado! exclamó el mariscal; pues á buscarlo y consejo con él.

*
* *

--Ah! de la ronda, gritó el centinela.--Herido! contestaron. Un pelotón de soldados apareció llevando en unas angarillas un niño agonizante. Con su carita muy pálida súcio y con el cabello desgrenado y lleno de barro, estaba cubierto de sangre. Daba compasión. Le habían encontrado en las afueras del campamento, lleno de heridas, acurrucado contra unas ruinas de muralla, agonizante, oprimiendo contra su pecho un gran paquete. Era el niño Victor.

Cuando los del Regimiento lo vieron en ese estado, lloraron como niños; aquellos rudos veteranos le querian como un hijo.

Pidió ver al Emperador antes de morir; Napoleón, muy conmovido, le tomó una mano y se inclinó á oirle. El pequeño le sonrió y le pasó el gran paquete. Luego expiró dulcemente.

Napoleón abrió con mano trémula aquel misterioso obsequio, y cayó á sus pies el glorioso estandarte, la gloriosa insignia de su vieja guardia El honor del ejército estaba salvado.

El emperador lloró. El tambor Victor era un héroe.

LEONCIO RODRIGUEZ SEÑORET.

Febrero de 1898.

LA ILUSIÓN DE UNA HARAPIENTA

(CUENTO)

VIAJABA yo años atrás por Irlanda, en compañia de varios amigos.

Si algo puede producir la aterradora impresión de la aridéz y de la miseria, es el pais de la Connemara. Un inmenso dolor pesa, al parecer, sobre aquel desdichado rincón de tierra. No hay allí cultivo alguno y sólo de cuando en cuando se encuentra una que otra miserable casucha, formada por cuatro paredes de piedra y un techo negruzco y bajo, del que sale un ténue hilo de humo.

Cuando se pasa por una de esas pobres viviendas, preséntase ante el viajero un grupo de niños de cinco á doce años, descalzos y andrajosos

Las infelices criaturas lanzan extrañas exclamaciones en un lenguaje medio irlandés, medio inglés; echan á correr detrás del coche, al que acompañan durante mucho tiempo, y se fatigan y se atropellan gritando siempre en coro:

—¡Un penique, caballeros, un penique, por piedad!

A las once de la mañana estábamos á punto de llegar á Ougtherard, cerca del lago Corrib, lago sembrado de islas, tan numerosas, al decir de los habitantes del pais, como los dias del año.

En Ougtherard debiamos almorzar. Hacia ya más de una hora que una niña de diez á doce años seguia nuestro carruaje.

Era una criatura muy agraciada, morena y de grandes ojos azules. Sus piés descalzos, notablemente pequeños y elegantes, parecian volar por el polvo de lo carretera. ¡Pobre muchacha! ¡Partia el corazón verla en aquel estado de miseria!

La niña lanzó de pronto un grito y cayó de bruces.

Inmediatamente hicimos detener el carruaje, y vimos que lo ocurrido carecia de importancia. La pobrecilla, al tropezar contra una piedra, se habia herido levemente un pié, del que brotaba un poco de sangre.

Le preguntamos quien era y de donde procedía, y nos dijo que se llamaba Betey, y que vivia en Gutherard.

Además le digimos que subiera al carruaje, y que la acompañariamos hasta su casa. Betsy nos miró con asombro y tuvimos que repetirle la invitación.

¡Qué alegria! La muchacha nos dirigió una mirada de gratitud y se sentó á nuestro lado. Era la primera vez en su vida que iba en coche.

Al cabo de diez minutos estàbamos en Ougrherard, pobre aldea, compuesta de unas veinte casas

Cuando bajamos del carruaje dí dos chelines á la niña, la cual no podia dar crédito à sus propios ojos.

Como cojeaba un poco, pensé que la llaga del pié podia enconársele y entré en una zapateria--la única de la aldea--y le compré un par de zapatos.

Betsy me seguia con la mirada á través de los cristales de la tienda, y cuando le entregué los zapatos diciéndole que eran para ella, ni sabia lo que le pasaba, ni se atrevia á aceptarlos. Álargaba la mano y luego la retiraba, creyendo que era víctima de un engaño. Convencida al fin de la verdad, cogió los zapatos y hechó á correr, saltando de alegria y sin darme siquiera las gracias.

Sin pérdida de tiempo fui en busca de mis compañeros, que estaban ya sentados á la mesa en la posada.

Habiamos acabado de almorzar é ibamos á subir al carruaje, cuando se nos presentó Betsy.

—Venga usted, caballero,—me dijo—venga usted.

—¿Y á dónde quieres llevarme?

—A mi casa que está ahí al lado.

La segui en unión de mis compañeros, los cuales no volvian de su asombro.

Betsy nos condujo por una callejuela y nos hizo entrar en una casucha que no tenia mâs que dos miserables habitaciones. En una de ellas hilaba una anciana, que era la abuela de la niña.

Al entrar, tres cochinillos negros se refugiaron bajo las dos únicas sillas que habia en la casa.

Veiase en un rincón la cama de la abuela y al lado la de niña. En un sencillo escaparate, compuesto de dos tablas, figuraba una imágen de San Patricio, junto á la cual habia colocado Betsy los zapatitos que acababa yo de comprar.

La infeliz los miraba con recogimiento y admiración, como si se tratara de una reliquia.

--Quiero que te los pongan--le dije sonriendo.

--No, señor; son demasiado hermosos y elegantes--me contestó.

(Concluirá).

J. NORMAND.

Establ. gráfico á vapor, Convención 82